

dueño del mundo, y veamos las señales por donde el gran patriota reconoce el patriotismo.

Vuestra madre se encuentra sumida en el mayor dolor, vuestro país es víctima de invasión extranjera: creéis que á la una debeis todos vuestros cuidados, y al otro vuestro brazo. Buen hijo, permaneced á la cabecera de vuestra madre y velad sobre ella; buen patriota, reservad para el suelo que os ha visio nacer la sangre, el génio y el valor con que habeis sido dotado. ¿No tiene acaso necesidad vuestra madre de recobrar algunas fuerzas con solo vuestras miradas? Vuestro país, presa del extranjero, ¿no es cierto que cuenta la llegada de un día, en que los nuevos Curcios se lanzarán en la pelea armados de todas armas? Allí, sin duda, os encontrareis vos, para prevenir, aprovechar y adelantar cuando llegue el momento oportuno. Y si no hubiese mas remedio, por una sublime imprudencia, deberiais sacrificar vuestra vida aun sin esperanza de éxito, pues el martirio es el precursor del heroísmo.

Todos los hijos, todos los hombres, obedecen á esa primera ley del reconocimiento; solo el abate Gioberti se cree tan gran casuista, que pueda dispensar de ella á M. Rossi. Este fué tan amante de su pátria, que no pudo soportar el lamentable espectáculo de sus desgracias; fué tan buen hijo, que dejó á su madre sufrir sola; y el patriota italiano se desertó de Italia. ¿Y á qué vino esa voluntaria emigracion? ¿Por qué ese hombre tan ilustre, cuya pluma y espada por sí solas pueden producir milagros, ha renunciado á su país, que por su misma desolacion aun debiera haberle interesado mas que si se hallase en la ventura y prosperidad?

¡Ah! La respuesta á esa pregunta no es otra, sino que M. Rossi deseaba volver á su país como embajador de Francia; y por esto veía en sí la necesidad de hacer causa común con los austriacos, cuyo solo nombre afirma el exelente abate Gioberti que le causa horror. Los austriacos se apoderan de Ferrara (1), amenazan la

(1) La ocupacion de Ferrara, que es un hecho muy sensible, ha provocado esperanzas cuya importancia los italianos son los primeros en exagerar. El movimiento de los espíritus, la agitacion hasta el presente pacífica, que se nota en los Estados pontificios, en la Toscana y el Piemonte, las voces que corren y que en algunos puntos, preludian una revolucion, nada de esto modifica nuestra opinion sobre la Italia. Es tan imposible resucitar las pasiones de los Guelfos y Gibelinos, como el ver á la Península organizarse bajo un gobierno unitario. En el entusiasmo de un bello sentimiento patriótico, pueden quizá los italianos mecerse en tan lisongero sueño; pero este quedará siempre en estado de sueño y de quimera. Este es el sistema en que pensaba la *jóven Italia*, cuando estaba representada por los Carbonarios. Bajo la impulsión del abate Gioberti, publicando la independéncia italiana con un pontificado moderno y civil, ignoramos lo que podría ganar la Italia; pero sabemos perfectamente lo que perdería el catolicismo; y el papa, aunque italiano, es ántes que todo y mas que todo, gefe de la Iglesia universal.

Un pueblo, de acuerdo con su soberano, tiene el derecho incontestable de

Italia, y el conde Rossi, orgulloso con dar su brazo en los sitios públicos al conde de Lutzwow, fuerza á su ingrata figura á contrahacer una sonrisa de aprobacion. Cuando la fortuna y la conciencia es poca, y la ambicion y la intriga mucha, entónces todo se pone al juego político; se busca la suerte, y si ésta os es favorable, como lo fué á Pellegrino, no os faltarán Giobertis que, como á él, os entonces y prodiguen alabanzas.

Ensalzar á M. Rossi no lo desaprobamos; le tenemos por tan buen patriota, que junto con su panegirista debieron ser dueños de todo el mundo; sin embargo, deseamos que en brazos de aquel, se vuelva el diplomático en cuerpo y alma á su país natal. Pero no es razon que por el placer de tributar elogios de patriotismo italiano á un conde frances, se olvide el autor del *Gesuita moderno* de atribuirse el dote de la filosofia, y acaso el de la lógica. He aquí á M. Pellegrino Rossi felicitado por haber buscado en otros climas una pátria donde pudiera hacer fortuna. ¿Qué es lo que sucedió? Que en el *Gesuita moderno* encontramos padres y novicios españoles que, en 1767, obligados y puestos en la alternativa de optar entre su país y sus juramentos religiosos, prefirieron el destierro y la emigracion á la apostasia. Hemos de advertir que aquí se trata de Jesuitas; oigamos al imparcial escritor (1): No debemos olvidar, dice M. Gioberti, para justificacion de Cárlos III y de su ministro el conde de Aranda, que ántes de emplear la severidad con las personas, hicieron todos los esfuerzos imaginables para atraer á los mas dignos de entre los padres del instituto, á que se quedasen en Es-

tratar de mejorar su situacion, de reformar los abusos y de llegar hasta el mayor grado de felicidad. Respecto de los italianos, y de los romanos sobre todo, deseamos ardientemente que así suceda; pero tememos por bien de ellos mismos que se vean arrastrados mas allá de su objeto. Los sospechosos aliados que tan á pechos toman su causa, nos confirman mas y mas en esta idea. No es, pues, la Italia la que se quiere ver envuelta en el huracan revolucionario, es á la Santa Sede, es su inmutabilidad lo único que los hombres no han podido destruir, la que les estorba para llegar al fin que se proponen. La Santa Sede se encuentra muy divinamente inspirada para ceder á pasiones cuya funesta influencia aprécia en su verdadero valor; y puede sin peligro pero no sin provecho, favorecer y ayudar el desarrollo de sábias y útiles reformas. Andar mas, seria comprometer el porvenir; y de seguro la Santa Sede no llegará á ese punto. Los sueños, los delirios que propaga la revolucion, nunca serán mas que sueños y delirios; pero es muy importante caracterizar cual se merece, un movimiento que los entusiastas tienen empeño en calumniar. El papa puede ser una bandera para llevar á cabo las mejoras; pero nunca, ni aun involuntariamente, el estandarte que las ideas democráticas, constitucionales ó unitarias quisieran enarbolar. Bajo este punto de vista es menester colocarse. La Italia se cree entretanto una sola familia; se abraza, se auna en un transporte federal; pero que jamas olvide que el 14 de Julio de 1790 fué un día en Francia en el que todos compusimos un pueblo de hermanos, y que tres años despues, el cadalso, la guerra civil y el terror, confundieron con iguales desastres y mortandad todos esos besos y caricias fraternales.

(1) *Gesuita moderno*, t. 3, p. 601 y 602.

pañía sirviendo al Estado y á la Iglesia; pero todo fué inútil, y un historiador de la órden (este historiador soy yo) celebra pomposamente el valor inflexible de los novicios de Valladolid y de otros Jesuitas, porque permanecieron sordos á todas las instancias y ruegos del soberano y del ministro como si hubiera una gloria y fuera digno de alabanza el preferir una secta á la pátria que el cielo y la naturaleza nos han dado.”

La posicion se encuentra perfectamente diseñada. Por un lado vemos á los Jesuitas que renuncian á los goces de la vida, de familia, á la fortuna, á las grandezas y abundancia que les rodeaba, y eligen la expatriacion, la miseria y el olvido, por ser fieles á su conciencia. Abandonan su pais rico, fuerte y lleno de prosperidad, y voluntariamente caminan á la conquista de un destierro y de una miseria que santifican su vida. Esto es heróico, y lo será siempre ménos para el abate Gioberti. Los honores que de todo corazon, desprecian estos Jesuitas, M. Rossi, por otra parte, va á mendigarlos al extranjero; y despues que los haya obtenido, los convertirá en armas contra la patria que el cielo y la naturaleza le habian dado ni mas ni ménos que á los discípulos de San Ignacio. El abate Gioberti admira al uno y reprende á los otros. Pero estos pobres Jesuitas son muy culpables en efecto, porque jamas tuvieron la vocacion de ser pares de Francia.

De M. Pellegrino Rossi pasemos á San Vicente de Paul. La transicion es brusca, y aun aventurada; pero es justo que la memoria de este santo no permanezca comprometida por mas tiempo con semejante Compañía. El abate Gioberti, como veremos alguna vez, no es un amigo muy prudente. Hay elogios suyos que caen encima de aquel que elogia, como el esputo del que escupe al cielo; y San Vicente de Paul, con quien sucede esto, tiene derecho á una reparacion, la cual pondrá mas en claro aun la buena fe tantas veces controvertida del sacerdote piemontes. Este se ha dado á sí mismo la mision de flagelar á los Jesuitas modernos, y para ello las coloca en el siglo XVII. “Ciertamente, les dice (1) en una abultada prosopopeya, no hay duda de que Vicente fué amigo vuestro y amigo muy sincero; ¿pero sabeis de qué manera? Como Cristo lo fué de sus perseguidores, ya que vosotros tentásteis crucificar á ese héroe de la caridad cristiana en la mas querida y predilecta de sus obras; porque combatisteis el órden naciente de la mision. Llenos de una envidia á cual mas impía y malvada, habeis tratado de esterminar uno de esos institutos, que son una gloria y que por siempre harán honor á la especie humana. Con este designio, habeis puesto en juego las artimañas hipócritas y clandestinas en las que sois consumados maestros; pero no habeis conseguido vuestro

(1) *Gesuita moderno*, t. 4, p. 384.

objeto, porque todo el infierno conjurado no puede triunfar de un solo hombre que combate ayudado del cielo. ¿Y qué magnanimidad no fué la de ese héroe en no creer por espacio de mucho tiempo en semejante villanía? ¿Pero convencido al fin con pruebas irrefragables, sabeis de qué manera las acogió? “Que me arranquen los ojos si quieren, así exclamó, con tal que me dejen el corazon para amarlos!” ¡Oh! divinas palabras, que por sí solas bastarian para inmoralizar á Vicente! Todo esto resulta, dice Gioberti, de documentos los mas auténticos y de las cartas autógrafas del Santo conservadas en los archivos de la mision.”

En esta granizada de exclamaciones, en las que se guarda muy biende imitar la caridad de Vicente, el abate Gioberti remite á su lector al quinto tomo de su obra, lleno de documentos y aclaraciones. Un discurso preliminar que él solo llena un volúmen, y los documentos justificativos que ocupan otro, he aquí la obra contenida en estos tres tomos de la misma fuerza. Los Jesuitas modernos, cuyo proceso instruye el abate Gioberti, se ven acusados de haber querido *crucificar al héroe de la caridad cristiana*. La distancia de los siglos preocupa muy poco á este nuevo procurador general de la complicidad moral. Dejémosle pasar esos menudos detalles que han podido escaparse á su vigilancia, contenta con haber sorprendido infraganti el delito de un malvado; y ya que M. Gioberti asegura que los documentos mas auténticos y las cartas del santo se encuentran conservadas en la mision, vamos allí á buscarlas.

Con efecto, me he presentado en la casa principal, que tienen en Paris los Lazaristas, calle de Sévres número 95, y me he abocado con M. Etienne, superior general, con el 5.º tomo del *Gesuita moderno* en la mano. Las imprecaciones y argumentos del folletinista poco me habian alterado; pero en la página 171 de este 5.º tomo se encontraban las cartas de San Vicente de Paul. El abate Gioberti afirmaba, que estas cartas autógrafas le habian sido comunicadas desde Paris por un sabio y piadoso sacerdote de la mision. Apenas eché una rápida ojeada sobre estos documentos incrustados en el *Gesuita moderno* como las mejores perlas de un joyero, cuando descubri la piedra basta con apariencias de diamante. Ciego el pobre abate con su ódio, siguió la falsa senda con la que creyó modificar y aun trastornar la opinion pública. La prueba de la mentira, la prueba caracterizada y demostrativa de la falsedad mas inaudita, se encuentra en el contesto mismo de la carta. Hara suponer un pensamiento que jamás pasó por la mente de San Vicente de Paul, el sacerdote jesuitófobo esmalta y adorna este documento con comentarios é insinuaciones que de ninguna manera omitirémos. Hele aquí tal como le publica el abate Gioberti con sus paréntesis de acusacion.

A. M. Ducoudray, en Roma.

Paris 12 de Julio de 1652.

“La gracia de Nuestro Señor, etc.

“En cuanto haya recibido los papeles que la congregacion (de propaganda) desea de monseñor el nuncio, os los mandaré, *si llegase el caso que podamos obtenerlos*; porque la verdad es, que se trata de embrollarnos y confundirnos como me escribisteis, y esto, hasta por la persona de la que deberíamos esperar despues de Dios el mayor (el papa Alejandro VI) favor y porteccion. Pero nada de esto me asombraria, á no ser por mis pecados, que son causa de que tema, no el mal éxito de una cosa que tarde ó temprano ha de realizarse, tanto allá como acá (en Roma como en Paris); pero lo que mas me aturde son las *intrigas* y artificios que se emplean (espresion fuerte en boca de San Vicente que jamás profirió otra mas enérgica contra el prójimo. Es preciso que fuesen muy atroces las intrigas de los Jesuitas para hacerle decir eso). El R. P. general desaprueba todo esto, y me ha prometido escribir (cuya promesa no cumplió) á Mr. el cardenal Rogny, á M. el embajador y al R. P. René; y en cuanto tenga esas cartas, os las mandaré (jamás las tuvo en su poder); sin embargo, espero que os portareis lo mas cristianamente posible con los que nos estorban en nuestra buena obra. Yo los veo (San Vicente concurría mucho á las casas de los Jesuitas. Véase su vida) siempre, gracias á Dios, con la misma cordialidad que antes; y me parece que con la gracia de Dios, no solamente no les tengo aversion, sino que los respeto y aprecio cada vez mas, y aun os diré que no me he quejado en lo mas mínimo al Padre de Gondy, por miedo de no entibiar su vocacion. Es verdad, que ellos han escrito desde esa, que el P. B. habia ido de mision á Normandía con seis ó siete (cosa que los Jesuitas no hacian ántes que existiesen los padres de la mision), quince dias despues de Pascua, y que yo les habia mandado á M. Renar, para que les acompañase por habérmelo instado (ellos le acariciaban en Paris, miéntras que le mordian en Roma), con objeto de conformarse é imitarnos en su predicacion. Despues, uno de los suyos ha venido á pasar dos ó tres dias en una de nuestras misiones de esta diócesis, para ver lo que se hacia, y si le agradaba tomar la delantera; mas sean bien venidos, porque yo no me creo buen cristiano, si no me atengo á él *utinam omnes prophetarent* de San Pablo. ¡Ah! señor, el terreno es tan grande, y hay en él tantos pueblos, que llenan el infierno, que todos los eclesiásticos juntos con todos los religiosos, no bastarian para remediar tanta desgracia! ¡Seríamos tan miserables, que envidiásemos el que *estas personas* (los Jesuitas) se dedicasen al socorro de las pobres

almas que incesantemente se pierden? Ciertamente que nó; esto seria hacerse culpable y desconocer cual fué la mision de Jesucristo sobre la tierra. *Si á nosotros se nos quiere impedir tan santa obra*, no hay mas que orar, humillarse y hacer penitencia de los pecados que hemos cometido en el desempeño de tan sagrado ministerio. En un todo conforme con este pensamiento, os suplico, señor, que no dejéis de ver á estos padres (los Jesuitas de Roma), y de hacer con ellos lo que nuestro Señor Jesucristo aconseja que se haga con *los que trabajan é impiden trabajar*; rogando que hagamos con aquellos á quienes Dios ha concedido el don de la caridad respecto de nosotros, y no perjudicándoles en lo mas mínimo de palabra ni de obra, etc.”

San Vicente de Paul no designa persona en su carta, porque no es héroe de caridad cristiana á la manera del sacerdote italiano. Se lamenta con los mas afectuosos términos de los hombres que se han mostrado sus contrarios; y no ha querido confiar ni aun al papel los nombres de los culpables. Estos sin duda fueron religiosos, y no sacerdotes seculares; y el abate Gioberti que saca de todo el partido mas conforme á su carácter, ignorante en un todo de los sucesos y de los tiempos, se vuelve de repente hácia el Gesuita moderno, y le dice: *Tu es ille vir*, tú eres de quien habla San Vicente, de quien se queja San Vicente; y en seguida, le entrega á la indignacion de la posteridad. Pero, al reflexionar con alguna detencion sobre esta carta, una idea muy sencilla se apoderó de mi mente. El corresponsal del fundador de los Lazaristas se encontraba en Roma; San Vicente le daba parte de sus penas y disgustos, con el fin de aliviar con esa comunicacion su peso; y con fecha 12 de Julio de 1652 le dice desde Paris: “El R. P. general desaprueba no obstante todo esto, y me ha prometido escribir á monseñor el cardenal Rogny, á M. el embajador y al R. P. René. En cuanto me haga con las cartas, os las mandaré.” Ahora bien, si se trata aquí del general de la Compañía de Jesus, es preciso que este religioso no estuviese en Roma, sino en Paris, desde donde aparece que desaprueba todo aquello, y desde donde promete á San Vicente escribir á Roma.

Veamos quién era en ese año el gefe del instituto de San Ignacio. El 12 de Julio de 1652, fecha de la carta de San Vicente, tenia ese cargo Goswin Nickel, el cual fué llamado á desempeñar el 17 de Marzo de ese mismo año. Por consiguiente, es preciso que M. Gioberti pruebe que el padre Nickel en Julio de 1652, á los cuatro meses de su eleccion, residía en la capital del reino Cristianísimo. Esta prueba es imposible, puesto que consta que solo dos generales de la Orden, Laynés y San Francisco de Borja, han sido los únicos que emprendieron y realizaron el viage

á Paris, y en Nikel esto era tanto mas imposible, quanto que, habiendo sido electo á una edad muy avanzada, consta particularmente que jamas ni pudo salir, ni efectivamente salió de Roma en toda su vida.”

Esta demostracion concluyente que me hacia á mí mismo, con la historia en la mano, me condujo á otro descubrimiento. San Vicente de Paul, dice ademas la carta citada, que no se ha quedado al padre de Gondy por miedo de no entibiar su vocacion. Este gran nombre de Gondy, y esta denominacion de padre, han confirmado sin duda al abate Gioberti en sus poco caritativas deducciones, autorizadas solo por su irreflexiva aversion. El padre de Gondy, segun él, es un Jesuita. La razon mas poderosa héla aquí, á los ojos del *Gesuita moderno*. Vicente de Paul no se queja á esa persona por miedo de entibiar, de indisponer su vocacion; luego este Gondy era un afiliado á la Orden de Jesus; luego, luego &c. En Italia los etcéteras caminan siempre mas allá que una consecuencia normal. Pero por desgracia de M. Gioberti jamas ha existido un Gondy en la Compañía de Jesus. El que se menciona en esta carta, Felipe Manuel, conde de Joigny, general de galeras en tiempo de Luis XIII y padre del cardenal de Retz, se hizo oratoriano y murió en 1662 (1).

Cuando tuve el honor de visitar á M. el superior general de los lazaristas, mi conviccion ya estaba formada. Apenas le anuncié el objeto de mi visita, cuando en presencia de un antiguo ministro de estado, me declaró que la carta en cuestion de San Vicente de Paul, ni se dirigia, ni podia dirigirse, ni en manera alguna referirse á los Jesuitas, en unas alusiones que marcadísimamente hacian referencia al general y á los padres del Oratorio. En este sentido, me dijo repetidas veces M. el abate Etienne, siempre ha sido interpretada en las casas de los lazaristas; porque es tradicion constante entre ellos, que jamas los padres de la Compañía de Jesus entorpecieron ni pusieron el menor obstáculo á las obras de San Vicente de Paul.

Rebatido y puesto fuera de duda este primer punto, restaba saber si con efecto, habia sido un *sabio y piadoso sacerdote de la mision* quien desde Paris habia comunicado á M. Gioberti y remitido á Paris los documentos auténticos y la carta original con la que el católico italiano fabricó contra sí un arma tan terrible. El hecho de la comunicacion llevaba naturalmente consigo el de la falsa interpretacion. El superior general de los lazaristas no estuvo sobre este punto ménos explícito que sobre los demas. Yo le rogué que me ilustrase, y tuvo la bondad de prestarse á todas mis exigencias é importunidades. Me aseguró de la manera mas exacta é indu-

(1) *Diccionario de Mereri, artísculo Gondí.*

dable, que ninguno de los sacerdotes de la mision, y mucho ménos *el mas sabio y piadoso*, jamas entregó ni pudo entregar á un hombre tal como M. Gioberti, el secreto de los archivos, y aun adelantó hasta afirmar que no creia ni sabia que un solo lazarista frances hubiera tenido relaciones de ninguna especie con el autor del *Gesuita moderno*.

Esta declaracion aun no me bastaba. M. el abate Etienne revelaba en todas sus palabras tan franca y tan cordial dignidad, que me creí con el valor suficiente, al ver la confianza que de mí se hacia, para solicitar una nueva prueba de ella. A mis ojos, como á los del público, M. Gioberti ya estaba convencido plenamente de impostura; su supuesto sabio y piadoso sacerdote era una fábula. Sin embargo, yo deseaba tocar con mi mano y ver con mis ojos, como dice M. Lenormant, hablando de mis documentos, la carta autógrafa del santo, cuya existencia proclamaba el refugiado piamontés. Pasados algunos dias, el superior general me honró nuevamente, escribiéndome para citarme por segunda vez á otra entrevista. Pasadas las primeras palabras de atencion, puso en mis manos un códice, donde estaban contenidas las cartas de San Vicente de Paul, coleccion de la que, segun me dijo, existe una copia en todas las casas francesas é italianas de la mision, y en la cual se encontraba la carta en cuestion del 12 de Julio de 1652. Así como todas las demas, ésta no es mas que una copia, pues los lazaristas no poseen ya los originales. Por lo tanto, ya estoy autorizado á acusar de una segunda mentira al abate Gioberti. Sin embargo, debemos confesar en descargo suyo que, salvo algunas cortas supresiones y alteraciones, la ha transcrito fielmente en el tomo quinto de su *Gesuita moderno*.

Ahora bien, ¿qué hemos de decir de una falsificacion de un fraude semejante? ¿Ante qué tribunal humano deberémos citar á un hombre que, para satisfacer un odio salvaje, ensaya captarse la benevolencia de esos dignos émulos de la Compañía de Jesus á fuerza de tan falsas adulaciones? Componiendo á los lazaristas un trofeo de los hijos de San Ignacio, á quienes presenta como encarnizados enemigos de los hijos de San Vicente de Paul, se imaginó el abate Gioberti que esta calumnia pasaria encubierta entre tantas otras. Se lisonjeaba que adulando sin el menor pudor á los sacerdotes de la mision, les obligaria á guardar silencio. Pero aquellos han roto este silencio, y trastornado con eso los cálculos de M. Gioberti, quien, cubierto con el descrédito, ya no podrá en adelante pretestar excusa de ignorancia ó de error. Los comentarios que intercala en el texto de la carta, comentarios que desvirtúan y desnaturalizan el pensamiento de San Vicente, las lamentaciones que hemos extractado del cuarto tomo de su obra; la peregrina invencion del *sacerdote sabio y piadoso*, cóm-

plice anónimo creado por las circunstancias; los nueve cargos acusadores, que de mentira en mentira, y de error en error, vienen á servir de corolario y de techumbre á este edificio de imposturas; todo demuestra que este hombre se encuentra muy ensayado en este género de obras. ¡Pobres Jesuitas! El abate Gioberti os acusa de que sois maestros consumados en eso de artificios y manejos clandestinos é hipócritas, y hé aquí á vuestro acusador cogido con el cuerpo del delito, preso cual raton en ratonera. Os tendió un lazo, y es él quien ha caido en la red. Para suscitaros nuevos enemigos, se improvisa el oráculo, el confidente de los lazaristas, el intérprete de San Vicente de Paul; y los mismos lazaristas son los que le dan el golpe de gracia. Un escritor, y sobre todo un sacerdote convencido de semejantes infamias, ¿puede en adelante alegar derecho alguno para ser creído de los hombres de bien? Pensamos justamente que no, por la sola razon de que una mancha semejante, si á los ojos de Dios puede borrarse, á los de los hombres es de todo punto indeleble.

M. Gioberti, *il celebre abate Vincenzo Gioberti*,—todo es célebre en la Italia revolucionaria, todo, y particularmente los sacerdotes que no tienen las virtudes propias de su estado,—M. Gioberti, repito, se imagina que tiene á su disposicion en Francia un lazarista sabio y piadoso que sea archivero de la órden. En los Países-Bajos cubre su persona con un *ilustre eclesiástico belga* que le tiene al corriente de los manejos (1) jesuíticos contra la Universidad de Lovaina. El ilustre ha seguido el ejemplo del sabio y piadoso; ámbos han guardado el anónimo, y le guardarán por mucho tiempo hasta que una buena alma se tome el trabajo de sacarlos á luz. Con los antecedentes del abate italiano será permitido, sin escrupulizar mucho, el atribuir á sola su imaginacion, tanto al ilustre belga, inventado por las circunstancias, como al sabio y piadoso de la mision. Las amistades del escritor están en otra parte. La piedad, la ciencia y la ilustracion están fuera de su teatro; no aparecen sino en las ocasiones solemnes; y aun entonces M. Gioberti las envuelve con las mas espesas tinieblas. Los apóstatas, los sacerdotes regicidas ó entredichos, son los que únicamente sufren el baldon de un elogio manifiesto, y así es como debe ser.

Otro patriota italiano, M. Libri-Bagnano, especie de raton científico que del colegio de Francia ha sabido hacerse un queso de Holanda, en el que está metido para mejor sobrellevar su destierro, ¿no tiene igualmente á su servicio algunos ilustres amigos, cuyo nombre, y no sin falta de razon, será siempre un misterio impenetrable? Y este M. Libri, bajo la fe de su célebre anónimo,

(1) *Gesuita moderno*, t. 5, p. 80.

¿no ha afirmado en la *Revista de los Dos Mundos*, que existia en su casa de *Gesu* en Roma, en los aposentos del general de los Jesuitas, un pequeño registro en el cual se hallaban inscritos, anotados, y aun retratados al natural todos los personajes de algun crédito, poder, talento, vicios y virtudes que existian en el mundo? M. Libri no vió con sus ojos ni tocó con sus manos ese curioso registro; pero su amigo, que merece toda confianza, su *alter ego*, que siempre está dando la señal de alarma, un día de sinsabores universitarios, se decidió á compulsarle. Bajo la palabra de este hombre sin nombre, M. Libri afirma sus asertos con la doctoral seguridad de un Gioberti.

En cuanto á la universidad de Lovaina, puede suponerse que algun Moeller, para no ser reconocido, se habrá disfrazado en ilustre eclesiástico, y habrá denunciado al D. Quijote italiano los molinos de viento que debia combatir. El aparato de guerra estaba tan laboriosamente dispuesto como pudiera estarlo una novela humanitaria de M. Eugenio Sue. El tal Moeller emprendió, á nombre de sus magníficos rectores, el echar á pique la *Historia de la Compañía de Jesus*; el abate, como buen príncipe, les hizo ganar, con su libro de Lausana, el proceso contra el instituto; proceso que ellos habian perdido en Roma. Los comunistas del canton de Vaud y los cuerpos francos tomaron partido en favor de aquella pobre universidad, que siendo hija de la libertad, no tenia mas que un medio para vivir, y éste era matar á su madre. Roma ha sentenciado la causa en favor de los Jesuitas; el abate ultramontano no toma esto en cuenta sino para referir detalladamente las intrigas de los padres mas diestros. El respeto de los Moeller y de los Gioberti, raros, y muy raros aun en Lovaina, no está obligado á mostrarse ante una de esas lecciones de derecho comun que tan admirablemente sabe dar á veces la Santa Sede.

Lo que M. Gioberti hace en favor de los adversarios de los Jesuitas, lo renueva sin mejor éxito con los que, con razon ó sin ella, se quejan de ellos en sus continuas acusaciones. No hay en Italia un negocio civil y de intereses privados en que no se encuentre mezclado el nombre de la Compañía ó que no se evoque en su tribunal. Todo depende de ella. El proceso Mascaró, el proceso Porqueddu, el proceso Sineo, todos los procesos de cualquier especie y de cualquiera jurisdiccion, todos los lleva á su barra. La Compañía es la *Gaceta de los tribunales* de Italia; pero *Gaceta* sin sustancia y sin imparcialidad. Un abogado, por poco honrado que se le quiera suponer, jamas se atreveria á pronunciar un fallo sobre su misma defensa, porque si él es el que habla, cualquiera sabe que su cliente es el que afirma. El abogado, identificándose con se defendido, dice sin participacion alguna: el hombre que hemos muerto, el robo que hemos cometido. El abate Gioberti hace